

«El espejo desenterrado» y otras magias

Jorge Dávila Vázquez

Dávila Andrade publicó en su último período creativo, algunos cuentos magistrales; por ejemplo «La sierra circular», «La carreta de heno», «En la rotación viviente del dodecaedro» y este, que presentamos y comentamos, absolutamente desconocido y extraordinario, «El espejo desenterrado». Casi todos esos textos se quedaron por ahí, en alguna revista, de las varias en que escribía, no fueron incluidos en libro alguno, y fue necesario rastrearlos hasta dar con ellos, para su inclusión —de los tres primeros— en la edición inicial, la más amplia hasta hoy, de la obra daviliana, en 1984. «El espejo desenterrado» fue buscado y encontrado en este 2018, año del centenario del nacimiento de Dávila Andrade, por José Gregorio Vásquez, poeta venezolano, cuya poesía recopiló, bajo el título de *El vago cofre de los astros perdidos* (2003).

Antes de adentrarnos brevemente en este caso tan llamativo de «realidad representada», como llama Vargas Llosa a las construcciones estéticas ficticias logradas por la palabra, anotemos una curiosidad: tres elementos aproximan esta narración a la cumbre del realismo mágico, *Cien años de soledad* (1967), aparecida tres años después de «El espejo desenterrado», que es de 1964:

1. Un acontecer tachonado de extrañeza, que surge del plano mismo de la «realidad real», y que puede resumirse en: la fenomenología del ambiente, la venida del mensajero misterioso, el encuentro del espejo fantástico y lo que este es capaz de mostrar y causar
2. Nombres: una mujer que trae el progreso a una

tierra abandonada, lleva el mismo nombre de la matriarca colonizadora de García Márquez: Úrsula; y un misterioso anciano que analiza los planos de una mina se llama Melquíades.

3. Todo es fruto de la palabra, la imaginación, el sueño, en este relato, cuyo escenario es la aldea de Onzamirra, un «mundo autónomo», creado por el autor, un antecedente de Macondo, sin duda, aunque los dos autores no hayan tenido jamás relación alguna.

Estamos, pues, ante coincidencias literarias, de esas que se producen con frecuencia en el ancho mar del verbo.

En cuanto a la estructura del relato, esta es llamativa, la integran dos niveles narrativos: uno en primera persona, gracias al cual sabemos casi todo sobre el acontecer de la obra, y cuyo narrador es el hermano Saúl, que se reporta a alguna alta autoridad del monasterio benedictino al que pertenece, narrándole con todo detalle la decadencia de Onzamirra y de sus habitantes, y analizando las posibles causas para esta caída, que algo tiene en común con esos mundos de la Biblia a los que aquejan plagas, fuego, desolación y muerte, generalmente como castigo por sus pecados. No es un narrador protagonista, sino testigo, cuenta más de lo que ha vivido, lo que vio, lo que ve, y lo hace epistolariamente. Y el otro es un narrador en tercera persona, limitado, no conoce todo de todo, si no que muchas veces duda, pero aporta a la configuración del orbe del relato.

Ambos tienen una característica en común, el sentido de lo poético, que ilumina el texto con ramalazos líricos, y también —en el caso del monjecito, de modo más acentuado—, un cierto tono bíblico, que hace hincapié en la condena de la villa, por los pecados de sus habitantes, la ineluctabilidad de un destino trazado por la culpa de estos y la conciencia del castigo divino en todas las peripecias del relato: «Él convierte los ríos en desierto y los manantiales en secadales;

la tierra fértil en salinas, por la maldad de los que moran en ella». Estas expresiones de San Mateo cabrían perfectamente en el contexto de «El espejo».

El lenguaje poético del cuento se despliega ante los ojos del lector, con esa capacidad enorme de Dávila Andrade para el manejo estético de la lengua. Cuando habla tan expresivamente de la ruina de la pequeña urbe, al referirse a sus manantiales, dice: «De las tres fuentes que surtían de agua a los moradores, resaltaba una, en cuyo pilón lleno de légamo, latía aún una vena cristalina». Sintamos la delicadeza de esa imagen, viva, estremecida: «vena cristalina».

La meditación sobre la epidemia de roedores, lleva al monje a reflexionar en torno a su proveedora de alimento: la cripta de los benedictinos, en estos términos: «acaso... los designios más altos determinan tejer, a veces, su justicia, valiéndose de las insospechadas simetrías entre la concupiscencia de unos y las virtudes de otros?» Antítesis que, a mi modo de ver, revela todo el mecanismo de la destrucción del sitio, sus causas posibles, sus agentes.

122

Y qué decir de esta poderosa hipérbole, tan característica de lo realista mágico: «El agua fue retirada de entre las piedras y matorrales de sus márgenes y halada con la última gota de las arenas de su lecho, como un niño dormido al que se levanta del suelo». Dávila que nos ha hablado de la obcecación del río para irse con su agua de esos predios malditos, en un rasgo de tremendo realismo mágico, utiliza no solo el tono hiperbólico sino un símil de belleza suma, el del infante dormido.

Y qué poderosas las imágenes referidas a Melquíades y la desaparición del torrente: el anciano «oyó la falta del río, y escuchó el vacío del rumor familiar de la corriente. El río en hueco, era lo que percibía». Esa antítesis del ruido, su ausencia y las oníricas imágenes del silencio, son de una desconcertante belleza. Y mírese, como ejemplo final, su definición de alcoholismo: «esta índole vernácula de la sangre humana ordinaria», salida, seguramente del fondo de su atormentado ser, y percibida como algo ineludible.

No fatigo más a Uds., amables lectores, y les remito a esta formidable pieza narrativa daviliana, ¡disfrútenla!

Cuenca, agosto de 2018.

Jorge Dávila Vázquez (Cuenca, 1947). Doctor en Filología por la Universidad de Cuenca, donde fue docente por 29 años. Primer recopilador y estudioso de la obra de César Dávila Andrade, que editó en 1984; en 1998, publicó el libro de ensayo *César Dávila Andrade, combate poético y suicidio*. Tiene una copiosa obra literaria que incluye casi todos los géneros. En 2016 le fue otorgado el Premio Nacional «Eugenio Espejo», que es la máxima distinción que otorga, el estado ecuatoriano, a un escritor por el conjunto de su obra.